

COMIENZOS PARA LAURA

Primer día, nervios, muchos nervios, primeras impresiones y sonrisas a desconocidos que no sabes si serán tus compañeros durante los próximos cuatro años. Has elegido la ropa para que te vean bien, pero sin que parezca que te lo has pensado demasiado, como que ha sido lo primero que has cogido. Mentira. Te has cambiado la camiseta al menos tres veces y los pantalones, otras dos. “Bien, respira... madre mía esto es enorme, y qué mayor parece la gente aquí, pero ¿dónde vas tú con tu metro sesenta (es metro cincuenta y ocho, no sé a quién pretendo engañar)? Esto no es la universidad, es un bosque de pinos... Vale, ¡céntrate! Hay que encontrar la sala S015... ¿S015? ¿Pero qué...? De acuerdo, ahora estás en la universidad, se supone que eres una persona madura y responsable ¿no? Tiene que haber una secretaría, una recepción o algo donde te puedan indicar cómo llegar a ese sitio... A ver... ¡Ah! ¡Ahí está! Bien hecho, si es que eres la leche”.

- Hola, buenos días, buscaba la sala S015, tengo que estar allí en... dos minutos.
- Claro, es al final de aquel pasillo, cruza el hall y síguelo hacia la izquierda, la verás a mano derecha – dice una chica con una sonrisa desde detrás del mostrador.
- ¡Muchas gracias! - medio gritas mientras te alejas andando rápido porque llegas tarde, pero no demasiado, como si en realidad te diera igual, tampoco es cuestión de llamar la atención y que te llamen Usain Bolt los próximos cuatro años.

“S013, S014... ¡S015! ¡Perfecto, vamos, vamos, vamos!” Abres la puerta y, como no puede ser de otra manera, ya están todos sentados y se giran para mirarte. “Llegando tarde hasta el primer día, bien hecho figura”. Buscas un sitio libre para sentarte disimuladamente, pero (¡cómo no!) solo están libres los asientos de la primera fila “siempre igual, de verdad ¿pero por qué siempre apuras tanto? Si ya te lo dice tu madre, es que no aprendes...” piensas mientras avanzas sin levantar la mirada, intentando esquivar mochilas, bolsos y pies y murmurando algún que otro “perdón”.

Finalmente, consigues llegar, te colocas y sacas una libreta y un lápiz, que al menos el profesor vea que tienes interés. Al parecer está explicando de qué va la asignatura, cómo va a calificar los exámenes, qué trabajos va a pedir... y ya. Veinte minutos más tarde da por finalizada la presentación de la materia y os despide hasta la clase siguiente. “¿En serio? ¿ya? ¿pero y ahora qué hago yo hasta que empiece la siguiente clase?”. Te giras para ver qué hacen tus compañeros y ves que todos están recogiendo sus cosas y saliendo. No sabes si de verdad tienen claro dónde van a ir y qué van a hacer o si simplemente es que fingen mejor que tú, pero decides ponerte también en movimiento. “Que no cunda el pánico, busca la cafetería y espera allí, tómate un café... pero si a ti no te gusta el café, fantasma, no vayas de persona adulta. Mejor un Cola Cao... no, una cola mejor, que es menos infantil. Uf, menudo comienzo universitario...”.

Intentas corregir tus errores y llegas a la siguiente clase diez minutos antes de que empiece. Al parecer el resto de tu clase es muy puntual o es que se aburrían tanto como tú después de casi una hora sin nada que hacer. En el pasillo, junto a la puerta del aula, hay un banco en el que solo hay sentadas dos chicas. “Qué maduras parecen con esa ropa... Además, seguro que son súper listas y tú aquí, recién llegada de un pueblo que es casi una aldea... Se te van a comer viva. Vale, no dramatices, acércate a sentarte y habla con ellas, en algún momento tendrás que hacerlo si no quieres quedarte sin amigos toda la carrera...”. Te aproximas a ellas y carraspeas un poco para llamar su atención antes de decir, medio susurrando: “¿me puedo sentar aquí o se lo estáis guardando a alguien?”. En seguida te hacen un hueco sonriendo mientras te miran, aunque no te das cuenta, esperando que digas algo, con los mismos miedos e inseguridades que tú. Al fin, una de las tres se anima a dar el primer paso.

- Esperemos que esta clase dure algo más, que la otra ha acabado en apenas media hora... Por cierto, me llamo Celia, ¿y vosotras?

Y así comienza todo, hermanita, ¿lo ves? No hay que tener miedo. Empezarás con una conversación incómoda y un cóctel interior de muchos nervios, una pizca de terror, un poco de angustia y un mar de inseguridades.

Yo ahora, cuatro años después, recuerdo ese día y casi puedo ver cómo se empiezan a unir y entrelazar los hilos de todas las relaciones que he creado, algunos con nudos tan apretados que sé que no se soltarán nunca. Recuerdo todas esas personas que han sido y serán como mi familia, las risas juntos, las fiestas y las cervezas, las escapadas de clase y los días que hemos llegado de empalme y con resaca a primera hora; el estrés y la inquietud en época de exámenes, el apoyo, los cientos de trabajos, los apuntes compartidos y la piña para estudiar todos juntos hasta el último minuto. Los profesores más latosos, pero, sobre todo, los más bonachones y divertidos, los que se han esforzado cada día para darnos no sólo conocimientos, sino lecciones que nos servirán toda la vida, los que han conseguido que me gusten asignaturas que pensaba que odiaría y los que se han aprendido mi nombre aunque éramos tropecientos alumnos en clase.

Dicen que “la vida universitaria es la vida mejor” y yo, que la acabo de terminar, creo que es verdad. Así que, Laura, vívela mucho, aprovéchala, experimentala, libérate, arriégate, sé valiente y disfruta.

Abril Naranja